

§ 163

Carácter universal de la redención de Cristo

I. 1. *Cristo murió por todos los hombres.* Dogma de fe; Concilio de Trento, sesión 6.^a, cap. 2.^o, D. 794 (cfr. Concilios de Nicea y Constantinopla, DD. 54 y 86). La universalidad de la redención fué negada por los judaístas, por los gnósticos y maniqueos, por los defensores de la predestinación, entre los que se encuentra Gottschalk, condenado en el Sínodo de Quiercey, D. 319, y por los jansenistas, DD. 1.096, 1.294.

2. Es verdad que al principio la labor mesiánica de Jesús tuvo límites; fué enviado, ante todo, *a los hijos perdidos de la casa de Israel* (Mt. 15, 24; 4, 23). A ellos debía ofrecerse la salud antes que a nadie (Rom. 11, 11-24). Pero resultó que no estaban preparados para el mensaje de Jesús. El pueblo judío no vió entonces—ni ha visto todavía—en Jesús la realización de las promesas viejotestamentarias. Está convencido de que aun no han sido cumplidas y dirige su mirada al futuro lo mismo que las generaciones que vivieron desde Abraham hasta Cristo. En vez de ver en Cristo al Mesías, vió en El a un usurpador que se atribuía lo que no le pertenece, amenazando así incluso el orden del pueblo. Por eso debía morir. Cuanto más fuerte fué la resistencia del pueblo a Jesús, mas se apartó El para reducir su labor al círculo de sus discípulos. De vez en cuando salió a comarcas paganas, no con intención de predicar allí su Evangelio, sino más bien con ánimo de escapar de las masas incrédulas y ávidas de milagros. En estas ocasiones y otras parecidas no desoyó los ruegos de salud y salvación de los gentiles. Por la predicación y los milagros se anunció también entre los gentiles el comienzo de un tiempo nuevo (Mc. 7, 24-30; cfr. la exposición de J. Schmid; Mt. 8, 5-13; Io. 4, 4-42; 12, 20-23). La reserva de Jesús con los gentiles no obedece al menosprecio de otros pueblos, que se había desarrollado en la conciencia de elección de los judíos. También le era “completamente ajena la concepción cosmopolita y burguesa de la filosofía helenística de aquel tiempo, según la cual, todo hombre tiene derecho a su men-

saje por razón de la inmortal divinidad de su naturaleza humana” (J. Schmid, *Comentario a San Marcos*, cap. 7, 27).

En la predicación del Evangelio tuvo que andar el camino trazado por Dios, que le llevó a través del pueblo judío, del pueblo precristiano de Dios (*salus ex Judeis: Io. 4, 23*). Pero por ese camino había de alcanzar *la salud de todos los hombres*. Así testifica ya el AT (por ejemplo, *Is. 2, 2-4; 21-29; 42, 10-17; 45, 10-25; 60, 2-22*; y la creación del mundo por un solo Dios alude también a ello). En el NT se atestigua varias veces la concesión de gracia a los paganos en los tiempos precristianos (*Mt. 13, 54-55; 12, 38-39; Lc. 4, 16-17; 11, 19-20*; especialmente *Hebr. 7, 1-2*). En las parábolas del reino de los cielos se anuncia el carácter universal de la salvación futura, que ha de extenderse a todo el mundo.

3. Los paganos tenían que ser incorporados a la salvación lograda por Cristo. Pero Cristo actúa con la conciencia de que aun no ha llegado la hora de misionar a los gentiles. Está ya llegando; llegó cuando los judíos despreciaron la salud y condenaron a muerte al Redentor enviado por Dios. Desde entonces, la maldición de Dios pesa sobre ellos. Ya sólo les resta “la posibilidad de vivir como nación oprimida o de decidirse por Barrabás, prototipo de revoltoso político” (E. Peterson, *Das priesterliche Königtum*, en *Der katholische Gedanke*, 7, 1937, 15).

4. Sin embargo, el pueblo judío *no ha sido rechazado*. La maldición misma de Dios es un misterio de su amor. La muerte del Hijo de Dios no pesa como un crimen sólo sobre aquellos a quienes dice San Pablo: “Habéis matado al autor de la vida” (*Act. 3, 15*). La muerte de Cristo es un misterio, sólo comprensible por la fe. El incrédulo ve en la ejecución de Jesús un proceso semejante a otros muchos ocurridos en la historia humana. El creyente ve la obra del pecado. Según la inescrutable voluntad justiciera y salvífica de Dios, el poder del pecado debía agotar sus posibilidades sobre Cristo. La muerte de Cristo fué causada por el pecado de toda la humanidad. No sólo el judío, sino todos debemos confesar que fué por nuestra culpa. El pueblo judío hizo una acción de la que toda la humanidad era responsable; no hizo todo lo que hizo ni lo hizo solo. No lo hizo todo, porque fueron sus jueces quienes antes que nadie quisieron deshacerse de Jesús. El pueblo dió su consentimiento movido por la propaganda del grupo director. Dios mismo, por boca de Cristo, nos dice que no saben lo que hacen,

aunque no por ello dejan de ser responsables, pues necesitan perdón. La oración de Cristo: "Padre, perdónales" tiene más fuerza que el grito del pueblo ignorante y fácilmente seducible: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Tampoco lo hizo solo: el poder romano de ocupación tuvo parte esencial. Si se cree en una providencia divina, hay que decir que faltó poco para que la condenación de Cristo fuera obra del gobierno militar pagano; en todo caso, hubiera sido imposible la ejecución de Cristo sin su aprobación. En esta participación aparece como de hecho toda la humanidad, el judío y el gentil son responsables de la muerte de Cristo; en realidad, fué el poder del pecado, que a todos nos toca, el que levantó la cruz. Dios no pudo vivir en aquella humanidad, sino que tuvo que morir por ser ella como era.

Para San Pablo, la recusación de la fe de su pueblo (perfidia, según la Liturgia) es incomprensible. Es para él un enigma indecifrado que Dios permitiera tal cosa. Pero con Dios no se puede disputar; El es el Señor y no tiene que rendir cuentas a nadie. Más aún: el haber permitido esto fué, cree San Pablo, porque quería revelar y realizar su indiscutible soberanía frente a todas las exigencias humanas. Sin embargo, a pesar de lo enigmático que le parezca al Apóstol el hecho de que su pueblo recusara la fe en Cristo, cree que sigue siendo el pueblo escogido. En él radica para siempre dentro de la historia la gloria de haber poseído la filiación, la gloria de Dios, la Alianza, la Ley, la promesa, los profetas y patriarcas, y tiene la gloria de que Cristo, según la carne y naturaleza humana, procede de él. Además, una minoría de él se hizo creyente; no todos rechazaron la fe. Sobre él pesa la maldición, pero también descansa sobre él la bendición de Dios, de modo que, como dice San Pablo, su incredulidad fué para bien de los gentiles. Por haber rechazado a Cristo la mayoría del pueblo, fué necesario, para realizar la Alianza, fundada para siempre, que fuera creado un pueblo nuevo: la Iglesia, pueblo de Dios en el NT, que debe su existencia a la recusación de la fe por parte del antiguo pueblo de Dios. Tiene, pues, una misión soteriológica muy importante. El pueblo de Dios surgió de la minoría creyente del viejo pueblo y de los llamados desde la gentilidad; los cuales se consideran y se saben verdaderos hijos de Abraham, el Israel espiritual.

Sin concluir están las actas divinas sobre el pueblo escogido. Grandes planes tiene Dios sobre el pueblo que El mismo eligió. Aunque al observador superficial le parezca que es un pueblo que ya no tiene razón de existir, la Sagrada Escritura nos enseña que le

protege tanto como el juicio de Dios su mismo amor y está reservado para las últimas tareas de la historia humana. Con su juicio sobre el pueblo escogido Dios pretende su salvación y no su condenación. Por la derrota y la angustia debe convertirse la parte rebelde de Israel y lograr de nuevo su apogeo. Dios no ha olvidado a su pueblo: porque no le ha abandonado le prueba duramente y con frecuencia. Llegará la hora de realizar la intención salvífica de Dios. Cuando el número de gentiles determinado por Dios para entrar en la Iglesia se haya cumplido, será salvado todo Israel. Con la vuelta de Israel a Cristo dará comienzo la consumación del mundo. El fin no vendrá antes de que Israel se vuelva a Cristo. Porque así como el principio de la salvación vino del pueblo judío, así también la salud final está condicionada a su conversión. La existencia misma del pueblo judío es, pues, escatológica. Cuando el cristiano espera la consumación de todas las cosas, esta esperanza incluye también la salvación del pueblo judío. El que espera en el futuro sin esperar en esa salvación del pueblo elegido espera algo falso y desconoce los planes misericordiosos y salvíficos de Dios. En eso se manifiesta justamente una profunda comunidad. El cristiano ve en Cristo el cumplimiento de las promesas viejotestamentarias; pero la primera venida de Cristo es algo previo; la realización definitiva tendrá lugar en la segunda venida. La primera fué la introducción y garantía de la segunda. Puede decirse que el centro de la vida cristiana es la esperanza en la segunda venida. La mirada del cristiano se dirige más al futuro que al pasado.

La mirada hacia el futuro es algo que tiene de común con el pueblo judío que vive continuamente de la esperanza del Mesías prometido. Mientras que la esperanza del cristiano se funda en las promesas hechas a Abraham y cumplidas en Cristo, la esperanza del pueblo judío se basa todavía y más que nunca sólo en la palabra de promesa dada a Abraham.

5. *La salud llegó a los gentiles (Io. 12, 20-23)*. Cristo muere públicamente en el imperio romano. Por instigación de las autoridades judías político-religiosas, Poncio Pilato, representante del inmenso Imperio romano, condenó a muerte a Cristo, que es la victoria sobre la muerte, el pecado y el demonio. Muere esta muerte a petición de todo el mundo y delante de él; esto es una señal clara de que muere *por todo* el mundo. Es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Io. 1, 29). "El es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el

mundo" (*I Jo.* 2, 2). "(Cristo) se entregó a sí mismo para redención de todos" (*I Tim.* 2, 6). "Y murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó" (*II Cor.* 5, 15; *Rom.* 5, 18-20; *Mc.* 14, 24; *Mt.* 26, 28; *Lc.* 22, 19; *I Cor.* 11, 24; cfr. § 155). Resucitado, da a sus discípulos el encargo de predicar el Evangelio por todo el mundo y a toda criatura (*Mt.* 28, 19; *Mc.* 13, 10). M. Meinertz, *Jesus und die Heidenmission*, en *Zeitschrift für Missionswissenschaft* 1, 1921, 21-24. (Cfr. *Tratado de la Iglesia*).

II. 1. La universalidad de la redención significa *universalidad de intención y determinación, no de eficacia real*. Cristo destruyó el poder del pecado y de la muerte de forma que nadie debería estar sometido a ese poder. Cristo satisfizo al Padre por todos los hombres. Pero la vida aparecida en El no brota naturalmente en todos los hombres. El amor de Dios, introducido por Cristo en la Historia, no tiene el poder de una fuerza natural. La muerte y resurrección de Cristo tienden a que todos los hombres participen de ellas; sólo así alcanzan su definitivo sentido. Mientras los hombres no participan de la muerte y resurrección de Cristo (*Rom.* 6, 3-11), falta algo en su obra: la integración mediante la participación humana. Con ella se logra en cierto modo la totalidad de la obra de Cristo (*Col.* 1, 24). Pero el hombre sigue siendo libre frente a la nueva configuración del mundo hecha por Cristo. Es responsable de su salvación que está en Cristo. Sólo la alcanza cuando se entrega a Cristo y se mueve en El y se incorpora a El. Cristo ha creado con su muerte y resurrección una nueva situación histórica. Todas las generaciones posteriores a El están bajo su poder. Nadie puede perseverar fuera de El. Todos deben tomar posición ante ese poder para rechazarlo o aceptarlo y vivir de él. *Es lo que ocurre en la fe y en los sacramentos*. La fe es un movimiento vital hacia Cristo (*Jo.* 6, 35) y un intercambio vital con El (*Mc.* 16, 16; *Rom.* 3, 21-28). (Cfr. *Tratado de la Gracia*.)

La caridad de Dios revelada en Cristo y, sobre todo, en su muerte es una apelación a los hombres para que se apropien de la salvación obrada por Cristo. Es un don gratuito de Dios, pero sólo es concedido al que se abre a Dios por la fe y la obediencia. No quiere eso decir que hagamos nosotros mismos la redención mediante un esfuerzo religioso y moral, fundado en la obra de Cristo y en su imitación, sino que participamos de la redención hecha por Cristo, si lo queremos. Ese querer sólo es posible si Dios lo dispone así en

nosotros. La decisión del hombre por Cristo no nace del yo en un acto de independencia creadora; sólo es posible en dependencia de Dios que lo conserva y hace todo (cfr. § 202). Nuestra parte es aceptar y correalizar en nosotros el movimiento divino operado en nuestro yo; lo que tenemos que hacer es entregarnos a él. En esta co-realización y entrega sumisa a Dios somos creadores: ahí queda un amplio margen a la actividad y responsabilidad humanas. La gravedad de la obligación de esa llamada de Dios es tal, que el rechazarla nos condena al infierno. Aquí se ve cuán en serio toma Dios la decisión humana. La actividad que se exige del hombre representa la medida suprema de tensión de fuerzas; se requiere una radical transformación del modo de sentir, una irrupción del yo sobre las murallas del egoísmo y del orgullo. Con el obrar propio no se completa la obra redentora, sino que se asimila. La salvación obrada por Cristo pone de manifiesto su fuerza y fecundidad, justamente porque Dios obra en el hombre esa actividad.

La obra redentora se realiza únicamente en aquel que se incorpora a Cristo por la fe. La fe se simboliza normalmente en la recepción de los sacramentos. Los sacramentos son el modo de acercarse a nosotros Cristo para que podamos incorporarnos a El (cfr. *Tratados de los Sacramentos y de la Gracia*).

Cristo murió también por los hombres que vivieron antes que El y que, poniendo su mirada en la futura muerte de Cristo, tuvieron la posibilidad de alcanzar la salvación.

2. Cristo no murió por los *ángeles*, ya que los buenos no necesitan redención y los malos eran incapaces de ella. Pero (según la doctrina escotista) también a ellos y al primer hombre se les concedió la gracia en atención a los méritos de Cristo. Cristo es también Cabeza de los ángeles, puesto que todo ha sido creado en El y es la coronación del universo (*Eph. 1, 10; Col. 1, 20*).

3. Por ser Cristo Cabeza de toda la creación, su obra redentora alcanza al individuo, *a las sociedades humanas y hasta a la naturaleza no humana*. Toda la realidad estaba bajo la maldición por el pecado del hombre; participa, pues, de la liberación de esa maldición. La naturaleza está incorporada al destino del cuerpo humano. Cuando sea glorificado se verá libre de las formas perecederas de este tiempo: "Porque el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, con la

esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto" (*Rom.* 8, 19-22). En la Resurrección y glorificación de Cristo se ha sembrado ya el germen de la glorificación de toda la creación. La unidad total de las cosas que tiene su fundamento en la unidad de Dios, corresponde a la redención total de Cristo, único mediador entre Dios y los hombres (cfr. *Tratado de los Novísimos*).

4. Sobre la cuestión de si son habitados, otros astros y de si sus moradores han sido redimidos por Cristo, hay que decir: hasta ahora no se ha demostrado la habitabilidad de otros astros; por razones científicas más bien parece lo contrario. Los llamados "platillos volantes" no pueden ser un argumento serio. La fe y la teología no tienen interés en que fuera de la tierra no existan seres vivientes, dotados de razón que habiten otros astros. Si la ciencia lo demuestra habría que decir que Cristo, Cabeza del universo, es también su Cabeza, pero no sabemos qué función tendrá sobre ellos, ya que nada dice de eso la revelación (*Col.* 1, 15-22; 2, 10).